

●● HOY, CUANDO TANTO SE HABLA DE ENSEÑAR LA HISTORIA NACIONAL SIN SESGOS IDEOLÓGICOS DOGMATIZADOS Y HAY TANTAS LEGÍTIMAS PREVENCIÓNES AL RESPECTO, LA AUSENCIA DE LUCÍA SALA, INTELLECTUAL DE ALTÍSIMO VUELO E INSOBORNABLE HONESTIDAD, SE SENTIRÁ SIN DUDA COMO UNA AUTÉNTICA TRAGEDIA

# La savia de la tierra

POR LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

Me imagino que vendrán a agradecerme todo lo que he hecho por este país". Con estas cortantes palabras, cargadas de dolorosa ironía, la profesora Lucía Sala de Touron recibió a los esbirros de la dictadura, que venían a detenerla, en 1975. Y tenía razón, desde luego. Toda una vida dedicada a redescubrir, redimensionar y revalorar la historia de su patria son algo demasiado trascendente como para aceptar de buen grado el manoseo de quienes se abrogaban, en aquellos años abyectos, el derecho de determinar quién era patriota y quién no. Lucía Sala tuvo un gran amor al que dedicó su vida entera: el Uruguay y su purpurina y apasionada historia. Todos los demás, incluso los que correspondían a su vida personal, aquellos que derivaban de sus convicciones ideológicas, se subordinaron a éste, y hasta las últimas consecuencias. Se le suele definir como una historiadora marxista, y la clasificación no le hace justicia. Por supuesto, bebió en las fuentes del materialismo histórico; pero siempre que apareció alguna contradicción entre sus parámetros ideológicos y su análisis de la peripecia histórica, se definió en favor de ésta. Fue, por lo tanto, historiadora a secas, en toda la espléndida extensión del concepto. Con los profesores Julio Carlos Rodríguez y Nelson de la Torre realizó una revisión del proceso agrario artiguista que aún hoy asombra por su precisión, su abundancia de datos y la audacia de sus conclusiones. Comenzó con "Artigas, tierra y revolución", trabajo publicado por Arca en 1967, pero eso fue sólo un primer paso; el siguiente, de siete leguas, estuvo constituido por "La revolución agraria artiguista", editorial Pueblos Unidos, 1969, hoy un clásico de consulta obligatoria. Aventó antiguos prejuicios que pesaban sobre la acción social del Protector, y que habían sido recogidos por ilustres historiadores como Francisco Bauzá o Eduardo Acevedo, y obligó a reconsiderar aspectos que se daban por universalmente aceptados. Porque no era cierto que el Reglamento de Tierras de 1815 apenas

se había aplicado, ante la indiferencia e incluso la hostilidad de algunos sectores de la sociedad de su tiempo; por el contrario, generó una amplia expectativa de cambio social y dejó una huella mucho más profunda de lo que se había sostenido hasta entonces. Como complemento necesario del señalado estudio, Sala, Rodríguez y De la Torre publicaron "Después de Artigas, 1820-1836", Pueblos Unidos, 1972, tal vez el libro más apasionante de su producción. Se reflejan allí las razones que hicieron de Fructuoso Rivera el gran caudillo de la campaña oriental antes de la Cruzada de los Treinta y Tres, y que tienen que ver, al margen de su fascinación personal, con el hecho de que se haya erigido —por conveniencia personal o no, eso no interesa— en el gran defensor de los donatarios artiguistas, en favor de los cuales exigió a

Carlos Federico Lecor una política de respeto que convirtió al general portugués en "revolucionario a pesar suyo"; el poverro del campo lo tenía claro, en aquellos años; si estabas con Rivera, conservabas tu fundo, de lo contrario, eras expulsado. Fue como narrar de nuevo toda la historia nacional. Pocas veces se ha escrito en este país un libro tan revelador e iconoclasta.

Lucía Sala debió exiliarse y permaneció en México entre 1976 y 1985. Allí extendió su magisterio y vivió con la pasión de siempre su vocación docente, como profesora titular de Historia de América Latina en la Universidad Autónoma de esa república. Luchó por la liberación de su esposo Luis Touron, que estaba en las cárceles de la dictadura, y no se dio un instante de tregua en su doble carácter de investigadora y militante. Ya de re-

greso en su patria, se mantuvo en plena actividad hasta el viernes pasado, cuando un paro cardíaco se la llevó para siempre, a los 81 años de edad. Quien tuvo la suerte de conocer a esta montevidéana universal, sabe de su fineza de espíritu, de su amplísima cultura y de su encanto. Hoy, cuando tanto se habla de enseñar la historia nacional sin sesgos ideológicos dogmatizados y hay tantas legítimas prevencciones al respecto, la ausencia de Lucía Sala, intelectual de altísimo vuelo e insobornable honestidad, se sentirá sin duda como una auténtica tragedia. Todos los orientales, por encima de banderías y adscripciones políticas e ideológicas, debemos hacer lo que los mandones de ayer no hicieron: agradecerle todo lo que trabajó por este país, cuya suerte sentía en la sangre como si fuera la savia que le daba vida.



ILUSTRACIÓN: RAMIRO ALONSO